

En algunos casos, por ejemplo el de la patraña XIII (pp. 181-185), los análisis de Guarino son tan apretados, tan densos, que necesita uno abandonar la lectura para poder decir serenamente: “¡Qué cuento tan descabellado!”. Por otra parte, estos análisis no reivindican la *originalidad* de Timoneda (*quod erat demonstrandum*); lo que hacen es mostrar que Guarino sabe hilar delgado. Y es muy de agradecerle que no haya incursionado en lo super-técnico, salvo una vez, cuando dice (p. 141) que los relatos de ‘falsa acusación’ se atienen al modelo X-A+(XA)opt. y+Yb(→ZcY)ob l. + (XA) – opt. x+(XA)..., etc. (copio sólo la primera de tres líneas).

No digo estas cosas para desestimar la labor de Guarino, sino para invitar, de manera general, a una reflexión sobre los requisitos académicos vigentes en nuestros tiempos en el campo de la investigación literaria. El libro de Guarino ya está hecho —y bien hecho. No hay duda de que les va a ser útil, quizá durante muchos años, a los interesados en la narrativa española del siglo XVI. El tema “Timoneda, narrador” ha quedado bien cubierto —y aun con exceso.

ANTONIO ALATORRE
El Colegio de México

DIEGO HURTADO DE MENDOZA, *Poesía erótica*. Edición de J. Ignacio Díez Fernández. Ediciones Aljibe, Málaga, 1995; 220 pp. (*Erótica Hispánica*, 3).

La risa y su hermana menor, la sonrisa, han dejado su huella en el rostro de lectores de todos los tiempos. De hecho, en múltiples ocasiones ha sido el efecto buscado por textos que abordan las peripecias del amor carnal, el ingenio de un adúltero o el jocosos regodeo entre amantes. J. Ignacio Díez Fernández ofrece en esta compilación treinta poemas erótico-burlescos del siglo XVI que con gala de humor e imaginación subvierten los paradigmas neoplatónicos del amor. Y en ellos Diego Hurtado de Mendoza logra con creces el objetivo de arrancar a su lector, cuando menos, una sonrisa.

Siendo el erotismo un concepto móvil, el editor tiene el tino de precisar en las páginas preliminares cuál es el criterio que guió la

no lo veo así: *muerto de sed* es una expresión bien lexicalizada: *así se dice* cuando uno llega de la escuela a casa con muchas ganas de beber. En las pp. 49-50 enumera Guarino a los personajes —tipos más bien— motejados en algunos cuentecillos del *Sobremesa* y del *Buen aviso* (el mendigo ciego, el castrado, el judío, el portugués, el vizcaíno) para argumentar que los cuentecillos en cuestión “representan algunos de los conflictos fundamentales de la sociedad de la época”. También esto parece exagerado.

selección de textos: se trata de poesía que “engloba el amor carnal, las referencias corporales y sexuales, el mundo de las putas y cornudos y unas dosis de misoginia” (p. 13). Aunque encuentro dispar tal enumeración, pues una perspectiva misógina no implica connotaciones eróticas —si bien con frecuencia van de la mano—, resulta interesante notar el amplio abanico de posibilidades con que Hurtado de Mendoza incorpora estos temas en su poesía. Sonetos, tercetos y octavas reales (formas italianizantes) así como epístolas (que parecerían remitir a la literatura grecolatina) son algunos de los géneros en los que el autor ejerce su mordacidad. En la antología también figuran coplas y redondillas, muestra de que, al igual que en su producción “seria”, en la burlesca el poeta acude a la tradición lírica castellana.

En esta diversidad de formas, el poeta granadino logra una combinación afortunada de picardía popular y referencias cultas. En ocasiones directo, en otras sutil, pero siempre divertido, a veces se vale de su formación culta para fines irreverentes, como en la parodia del discurso de Aristófanes en el *Banquete* de Platón: “Pegados dicen que nacían, señora, / y por aquel mismo lugar pegados / que andándose a buscar se pegan ahora... / El un medio quedó por aventura / con la cola pegada al apartarse, / y el otro con la funda hórrida, obscura. // Y así veréis una mujer pegarse / con un hombre hoy, con otro a la mañana, / y es que desea su mitad toparse” (p. 146). Tampoco pueden faltar las alusiones mitológicas, casi siempre desmitificadoras como aquella en que se describe al pene como “[instrumento] que mete Vulcano, el gran herrero, / en la fragua de Venus” (p. 113) o uno de los varios vocativos a Diana: “Señora, la del arco y las saetas, / que anda siempre cazando en despoblado, / dígame, por su vida, ¿no ha topado / quien le meta las manos en las tetas?” (p. 155). También Venus es interpelada directamente; se le llama “alcahueta y hechicera”, “cachondera” y “puta vieja”, entre otras linduras.

Acorde con el afán de provocación antipetrarquista, la *amada* mecedora de exaltación según la retórica cortesana aparece aquí transformada en una mujer hermosa pero necia a la que se perdona su estupidez, pues lejos de los remilgos de la dama sabia, ésta “nada sabe negar, y si está en parte / que pueda consentir, fácil consiente / y los dones de amor os da y reparte” (p. 210). Asimismo, los “Consejos a un hijo” proponen la variedad en asuntos amorosos: “En ciento te me emplea / y préstales un rato tus alhajas, / que todas son unas en las partes bajas... y haz a todas un plato / y un millón de millones de promesas / y entra con un sencillo y dos repesas” (pp. 201-202). Como es evidente en esta última cita, Hurtado de Mendoza es hábil en la construcción de ingeniosos juegos de palabras, baste sólo otro ejemplo: “La materia es en sí difícil y alta, / tal que pensando en ella así escribiendo / se me extiende, altera y sobresalta” (p. 139).

Los poemas, deliciosos en sí mismos, tienen la fortuna de haber sido reunidos por un compilador cuidadoso. Esta edición, bien realizada, ofrece un excelente estudio introductorio en el que Díez Fernández habla sobre el terreno incierto en que suele ubicarse la *literatura erótica* y con sano equilibrio deja de lado el cuestionamiento de si lo erótico es fuente de “buena literatura”. En cambio, enumera las dificultades que suelen limitar la difusión de poesía áurea sobre temas alegres, entre otros, censura religiosa, mojigatería, respeto por el prestigio del autor, su pertenencia a una familia noble y, en consecuencia, la reserva de publicar poemas incómodos, y el prejuicio de que la literatura burlesca es de calidad menor o que, incluso, ni siquiera es literatura. El editor considera los poemas antologados como textos literarios con el mismo grado de respetabilidad que aquellos que tratan el amor desde la óptica neoplatónica, con lo que establece una premisa indispensable para el disfrute pleno de la antología. No se trata de chuscos divertimentos o de meros juegos retóricos: estamos ante literatura digna de ser leída y valorada como tal.

El análisis de la introducción está en puntual concordancia con este presupuesto, dado que estudia los textos con el rigor que merece toda obra literaria. En siete incisos analiza e interpreta a profundidad los temas y motivos recurrentes, la organización textual de los versos, el lenguaje y las fuentes a las que acude el autor; también ofrece un sugestivo estudio comparativo entre la obra de Hurtado de Mendoza y dos textos de Sebastián de Horozco. Al ahondar en los aspectos temáticos y formales, Díez Fernández cita poemas incluidos en la antología, contrastándolos con otros no predominantemente eróticos del propio don Diego y con textos de Quevedo, Lope, fray Melchor de la Serna, Castiglione, Garcilaso, y hasta Samaniego, entre otros.

El aparato de notas a pie de página es también encomiable, pues incluye referencias a coplas populares de la época, cita las fuentes, remite a estudios eruditos o aclara el sentido de voces oscuras, lo que satisface las expectativas del lector.

Díez Fernández recupera en esta antología textos previamente incluidos en la edición de *Poesía completa* de Hurtado de Mendoza que publicó en 1989. Es de aplaudir su iniciativa de compilar los de temática erótico-burlesca ya que la selección permite acercarse a un autor frecuentemente concebido como “serio”, fiel a la retórica petrarquista, desde la perspectiva de la no-seriedad, o mejor, de la burla y la provocación ingeniosa. A esta edición pulcra sólo habría que pedirle un mayor cuidado en la revisión del estudio introductorio, a fin de evitar algunas erratas molestas: “insatisfacción” (p. 41), “consuntumbre” (p. 51), “comunicatva” (p. 55), “spaña”, “incorformista” (p. 69), etc. Por lo demás, la edición de los poemas está prácticamente libre de errores.

Detalles aparte, al cerrar el libro, el lector esboza una sonrisa de complicidad y agradece el poder acercarse a joyas como los largos poemas narrativos “Fábula del cangrejo”, “A la pulga” y los “[Terce-tos]” mientras le resuenan en la memoria los versos finales: el deseo sexual es tema que da “que reír / al mundo... / a galanes que contar / y a poetas que escribir”.

JULIA SANTIBÁÑEZ ESCOBAR

Universidad Nacional Autónoma de México

MICHEL CAVILLAC, *Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache*. Traducción de Juan M. Azpitarte Almagro. Universidad, Granada, 1994; 633 pp.

En 1983, el Instituto de Estudios Ibéricos de la Universidad de Bordeaux publicó la versión francesa de esta obra de Michel Cavillac, cuya reseña publiqué en el tomo 33 (1984) de esta revista. Es una gran fortuna para nosotros contar con una traducción al español de este libro que sigue siendo fundamental para el conocimiento no sólo de la narrativa picaresca sino de la historia de las mentalidades del período áureo.

De manera muy somera y general recordaremos el contenido global del libro. A partir de la hipótesis del éxito burgués del *Guzmán*, en el cap. 1, Cavillac expone y critica algunas interpretaciones sobre la obra empezando por la de Américo Castro; el 2 lo dedica a explicar los postulados religiosos que sustenta la novela; en el 3 encontramos la imagen literaria del mercader, la historia de la burguesía mercantil española de 1521 a 1607, y el estudio de los aspectos económicos de la biografía de Mateo Alemán; en el 4 se analiza el sustento ideológico (cambios y préstamo a interés, ideas sobre la limosna y el honor) de dicho estrato social; el estudio del pensamiento de los teóricos españoles permite a Cavillac, en el capítulo 5, demostrar la existencia de una ideología mercantil; los dos últimos capítulos están dedicados a un análisis minucioso de la novela a la luz de la historia de la burguesía y la mendicidad.

Aunque se trata de una traducción se han hecho algunas modificaciones a la edición francesa y, en términos generales, el lector se encontrará con un texto aligerado. Por otra parte, si bien la estructura de la obra permanece igual, siete capítulos con subdivisiones similares y un índice onomástico, es preciso señalar que los capítulos dedicados al contexto histórico del reformismo mercantilista han sido reducidos, mientras que los relativos al *Guzmán* se han ampliado